
El Cuento de la Dinamita

Silverio Lanza

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7312

Título: El Cuento de la Dinamita

Autor: Silverio Lanza

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 28 de diciembre de 2021

Fecha de modificación: 28 de diciembre de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

El Cuento de la Dinamita

—¡Un cuento, un cuento! ¡Que cuente un cuento!

—Voy á complaceros. Os contaré el cuento de la dinamita.

—Venga, venga.

—Pues, señor... Había un pueblo muy rico porque tenía muchas fábricas y se cuidaba el campo, y no había mohina porque había harina.

Y cádate que llega una familia de gitanos al pueblo y empiezan á decir la buenaventura y á curar con unas recetas muy extrañas y á echar maldiciones que se cumplían, y muchas cosas más.

Y los vecinos del pueblo empezaron á gastarse su dinero con los gitanos, y se cerraron las fábricas y se abandonó el campo, y los jornaleros tuvieron hambre.

—Como aquí.

—Si interrumpís no sigo.

—Silencio.

—Y los que pudieron se marcharon á otros pueblos, y se marchó el tío Colorao, y anduvo tierras y tierras, y en un lado se dejó la vergüenza y cogió la osadía, y en otro lado se dejó la razón y guardó un poco de mal instinto, y después de andar mucho se volvió otra vez al pueblo.

Y cuando volvió estaba todo peor que cuando se había ido. Nadie le daba trabajo ni él quería trabajar y explotaba á los

pobres.

—Poco sería.

—Que te calles.

—Déjale, que voy á explicárselo. ¿Has visto la encina grande de Campo Redondo?

—Sí, señor.

—¿Tiene mucho fruto?

—Ya no lo da.

—Pero tendrá hojas.

—Muchas.

—¿Y cuando no las tenga?

—Pues, pa leña.

—¿Y cuando se queme la leña?

—Pues, ná.

—¿Y la ceniza?

—Es cierto.

—Todo sirve para algo. Y continuó.

Y como nadie se cuidaba de los pobres estos se hicieron a...

—¿Anarquistas?

—No, hijo; otra cosa muy distinta, aunque también empiece con a: se hicieron asesinos. Y mataron y robaron, porque Colorao los animaba. Y se acostumbraron al crimen, y fueron criminales por serlo.

Y un día se le ocurrió á Colorao volar todo el pueblo, y se fué al Camposanto, cogió una calavera y la tapó todos los agujeros, menos uno que tenemos hacia la nuca. Después entró en una tienda y compró dos libras de dinamita. El tendero le pidió dos reales y Colorao se los dio. Y nada más: que hizo un petardo terrible y lo colocó con una mecha encendida.

—¿Dónde?

—Tú dirás.

—En la cárcel.

—Quiá.

—En el fielato.

—Quiá. En el palacio del obispo.

—¡Qué mal cristiano!

—Pues, sí. Afortunadamente el señor obispo estaba en una gran comida, y, sobre todo, la mayor fortuna fué que no estalló el petardo, porque lo que tenía dentro era solamente polvo de carbón. La policía buscó á quien había hecho aquella hazaña, y cogieron á un pobre y lo llevaron á la cárcel y se declaró autor.

—¿Por qué?

—Para comer mientras estaba preso. Y le condenaron á cadena perpetua. Y el obispo pidió á las autoridades que le defendiesen, y ningún pobre podía visitar al obispo, y la miseria fué aumentando.

Pues, señor... había un pueblo muy rico, porque tenía muchas fábricas y se cuidaba el campo...

—Pero, ¿vuelve usted al principio?

—Si, hijos; este cuento se repite muchas veces hasta que se cambia una cosa.

—Ya lo sé.

—Di.

—Que no van gitanos al pueblo.

—¡Ojalá! pero no es eso.

—Que Colorao no se hace malo.

—¡Ojalá! pero tampoco es eso.

—Que la policía coge al verdadero autor.

—Que no condenan al preso.

—Tampoco.

—Que el obispo se hace amigo de los pobres.

—Nada de eso. Que Colorao aprende á hacer petardos, roba dinamita verdadera y vuela el pueblo.

—Lo suponía.

—Y ¿por qué no lo has dicho?

—Por si me pegaba usted.

Silverio Lanza



Juan Bautista Amorós y Vázquez de Figueroa (Madrid, 1856-Getafe, 1912), más conocido por su seudónimo Silverio Lanza, fue un escritor español.

Hijo de una familia acaudalada, ingresó en la Marina, abandonando muy pronto su profesión para dedicarse a la actividad de escritor, mientras realizaba frecuentes viajes a Madrid para ver a su familia y amigos.

Asistió a la tertulia literaria del Café Madrid, a homenajes y conferencias, al Palacio de la Bolsa y viajaba a Barcelona, Valencia y a sus posesiones agrícolas en Bujalance. Criticó el caciquismo en "Ni en la vida ni en la muerte" y fue procesado. Para Rubén Darío fue «un cuentista muy original», con Segundo Serrano Poncela considerándolo años más tarde «un raro». Residió en Getafe desde 1887 hasta su muerte. Falleció el 30 de abril de 1912 en su domicilio getafense.

Su primera obra, "El año triste" (1880), originó un gran impacto en el ambiente literario y fue considerada como una de las publicaciones más importantes de ese año. Poseedor de un estilo muy moderno, de un insólito sentido del humor y de gran agudeza crítica, cultivó la novela naturalista en "Mala cuna y mala fosa" (1883), "Ni en la vida ni en la muerte" (1890), "Artuña" (1893) y "La rendición de Santiago" (1907). Otros títulos incluyen "Cuentecitos sin importancia" (1888), "Cuentos políticos" (1890), la novela autobiográfica "Desde la quilla hasta el tope" (1891) y "Antropocultura". Quizá sea esta última la obra más importante de su producción y en la que mejor reflejó su pensamiento.

Sus obras suscitaron la admiración de los jóvenes escritores de la generación del 98, como Baroja, Azorín, Maeztu y, sobre todo, de Ramón Gómez de la Serna, quien editó sus obras en 1918. Como gesto de agradecimiento a los autores que le admiraban, escribió "Cuentos para mis amigos" (1892), relato corto que destaca por su comicidad.